



71

¿ERUDICIÓN O COMPROMISO?
LA HISTORIA NARRATIVA Y ESENCIALISTA
DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA
(1931-1939)

José María Gómez Herráez

**¿ERUDICIÓN
O COMPROMISO?**

**LA HISTORIA NARRATIVA
Y ESENCIALISTA DURANTE
LA SEGUNDA REPÚBLICA
(1931-1939)**

Col·lecció «Humanitats»

Núm. 71

¿ERUDICIÓN O COMPROMISO?

**LA HISTORIA NARRATIVA
Y ESENCIALISTA DURANTE
LA SEGUNDA REPÚBLICA
(1931-1939)**

JOSÉ MARÍA GÓMEZ HERRÁEZ

UJI UNIVERSITAT
JAUME I

Noms: Gómez Herráez, José María, autor | Universitat Jaume I. Publicacions, entitat editora

Títol: ¿Erudición o compromiso?: la historia narrativa y esencialista durante la Segunda República (1931-1939) / José María Gómez Herráez

Descripció: Castelló de la Plana : Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions, [2023] | Col·lecció: Humanitats ; 71 | Inclou referències bibliogràfiques

Identificadors: ISBN 978-84-18951-83-1 (paper) | ISBN 978-84-18951-84-8 (pdf) | ISBN 978-84-18951-85-5 (ePub)

Matèries: Historiografia – Espanya – S. XX | Espanya – Historiografia – S. XX

Classificació: CDU 930(460)''19'' | CDU 94(460):930 | THEMA NHAH 1DSE 3MPBGJ-ES-A



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjense a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.



Publicacions de la Universitat Jaume I es una editorial miembro de la UNE, cosa que garantiza la difusión y comercialización de las obras en los ámbitos nacional e internacional. www.une.es.

© De los textos: José María Gómez Herráez, 2023

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2023

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions
Campus del Riu Sec. Edifici Rectorat i Serveis Centrals
12071 Castelló de la Plana
<http://www.tenda.uji.es> e-mail: publicacions@uji.es

ISBN paper: 978-84-18951-83-1

ISBN pdf: 978-84-18951-84-8

ISBN epub: 978-84-18951-85-5

DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/Humanitats.71>

Depósito legal: CS 53-2023

Este libro, de contenido científico, ha estado evaluado por personas expertas externas a la Universitat Jaume I, mediante el método denominado revisión por iguales, doble ciego.

Cuando yo hablaba de paz, de libertad, de independencia del espíritu, etcétera, etcétera, no estaba recitando textos librescos, ni mociones de congresos políticos u otros, sino la traducción política de observaciones españolas que tenían expresión plástica inmediata en la vida cotidiana de mi país.

Manuel Azaña (*Cuaderno de la Pobleta*, 1937)

Aun cuando te cueste trabajo, piensa por cuenta propia y recela de la unanimidad. La verdad nunca va con los más. Cuando, al correr de los años o de los siglos, parece que, al fin, tomo tal camino, es que la verdad dejó de serlo. La verdad y la ética varían con la época. Juana de Arco puede dar fe.

César Juarros, en *Ramón y Cajal. Vida y milagros de un sabio* (1935)

Se me acusará de atrevido, pero yo estoy en que el escritor público debe dejar a un lado toda consideración y obedecer sólo a la voz de su conciencia. Si no se siente con fuerzas para el combate, debe romper su pluma, jamás escribir contra sus propias convicciones. Sólo el hombre envilecido puede ponerla al servicio de cualquier doctrina, a merced de todo el mundo.

Francisco Pi y Margall, citado por Francisco Caravaca, en *Pi y Margall* (1935)

Idealizar la historia es destruir la verdad, avalar los errores del presente con desatinos del pasado. Todos, como afirmaban los convencionales de la Revolución francesa, nacemos desnudos, libres de máculas que representen contaminación con el pasado. Sin embargo, esta pureza adánica se pierde con la lucha cotidiana y el hombre sufre la presión deformante de la injusticia, del oprobio, de la explotación, de la negación sistemática de la condición humana.

Alberto L. Merani, en *Carta abierta a los consumidores de cultura* (1983)

Los símbolos de nuestra época pudieran ser el escalpelo y el microscopio. Perseguimos la verdad hasta en sus trincheras últimas, con anhelo nobilísimo; pero a veces la verdad es cruel, y no todos los espíritus tienen la entereza bronceada de los sabios por vocación para sufrir sin inmutarse sus amargas enseñanzas.

José Deleito, en *El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea* (1922)

Por otra parte, nada como la historia para adentrarnos con cierta seguridad en el mañana.

Ángel Pestaña, en «Historia de las ideas y de las luchas sociales», sección en *Orto* (1932-1934)

ÍNDICE

Capítulo 1. Unas reflexiones de partida	13
Capítulo 2. La historia editada durante la segunda república y en periodos adyacentes (1927-1943): una aproximación bibliométrica comparativa	67
Capítulo 3. Ideas sobre España y planteamientos esencialistas ..	85
Manuel Azaña: una tradición democratizante interrumpida	89
Dos enfoques críticos: C. Alonso Sánchez y G. de Reparaz Rodríguez	162
<i>Revista de Occidente</i> : perspectivas eruditas y esencialistas	168
La interpelación patriótico-religiosa conservadora. El culto a Menéndez Pelayo	171
Tras las huellas de Menéndez Pelayo. Visiones conservadoras, fascistas y fascizantes	178
Tres concepciones desde el nacionalcatolicismo: el tándem Iglesia-Estado	190
La visión providencialista de Juan Bautista Alonso	191
García Villada: otro cántico al papel histórico de la Iglesia	195
El influjo del ideario fascista en Alfonso de Ascanio	198
Capítulo 4. Temas para la sublimación ideológica	201
Manuel Ferrandis: el mito del oro, sin desmitificar	203
Silió Cortés: contrarreformismo sin cortapisas	205
Riba García: una derivación del pacifismo de Luis Vives	213

Silió Beleña: el totalitarismo como colofón	218
Gay Forner: propuestas cambiantes bajo referentes fascistas ...	220

Capítulo 5. Historia factual y biografías. Generalidades 229

El género biográfico y su papel en el debate ideológico	230
Personajes e hitos para una república	244
Un gran caudal de referencias para la monarquía	253
Hasta la exploración de lo íntimo y del detalle	263
La transcripción documental y la narración de hechos como objetivismo imposible	268
Todo es historiable, si hay documentos o vestigios. Antonio Ballesteros y otros autores	275
La Academia de la Historia, templo de la erudición	289
Los vericuetos de la erudición: el interés especial en Lope de Vega	302
El enfoque del detalle y del enigma en <i>Revista de Filología Española</i>	310
El interés en los fueros: la obra póstuma de Rafael de Ureña sobre el fuero de Cuenca	317

Capítulo 6. Reyes, reinas, validos y otros personajes

desde la Antigüedad hasta el siglo xvii	325
Eloy Bullón: Trajano como artífice de una política social	328
Un estudio anterior sobre Alfonso III, de A. Cotarelo. La pirámide feudal	336
Visiones sexualistas y concepciones sobre la mujer. La relevancia histórica del instinto sexual según Martín de Lucenay y Émile Armand	354
Compendios sobre mujeres reinantes. Las reinas medievales de la Corona de Aragón, por E. L. Miron	367
Mujeres estadistas: María de Molina (por Mercedes Gaibrois) y Germana de Foix (por Querol Roso)	382

Biografías de evasión bajo tintes autoritarios: Álvaro de Luna e Isabel la Católica, por Silió Cortés	398
Historia personalista para «la nueva España»: los Reyes Católicos (por Juan de Contreras) y Felipe II (por Mariano Tomás)	427
Un regente considerado extraordinario: Cisneros, por Luys Santa Marina	446
Orientación divulgativa y profesional en José Deleito: <i>El rey se divierte</i>	452
Una biografía cientifista: Olivares, por Gregorio Marañón	476

Capítulo 7. Borbones, liberales, republicanos y otras categorías políticas entre los siglos XVIII y XX 505

El cuestionamiento de la monarquía por los Gonzalo de Reparaz, padre e hijo	506
Ciges Aparicio ante la monarquía absolutista y la formalmente liberal	519
Dos visiones sobre la monarquía y la decadencia: Giménez Valdivieso y Bermúdez de Castro	531
Reivindicación de héroes liberales (Riego) o carlistas (Cabrera) ..	535
Biografías en el límite con la literatura: Prim, por Poch Noguer ...	548
La fórmula republicana: Pi y Margall (por F. Caravaca) y Castelar (por B. Jarnés)	560
Francisco Ferrer y Antonio Maura en visiones polarizadas	593
El reinado de Alfonso XIII: análisis inconmensurables de Madariaga, Fernández Almagro y Ciges Aparicio	603
Contra la izquierda obrera: E. González-Blanco y Márquez Guerrero	624

Capítulo 8. Erudición y esencialismo en movimientos nacionalistas y regionalistas 631

Cataluña. Posiciones conservadoras y progresistas	633
<i>Barcelona sense universitat</i> (Ferran Soldevila)	649
<i>Fets d'armes de catalans</i>	652
Valencia. Testimonios y obras de distinta índole	655

<i>Anales del Centro de Cultura Valenciana</i>	665
<i>Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura</i>	668
Unos enfoques ilustrativos en Aragón	670
Alternativas conservadoras y posiciones críticas. Lojendio, Iribarne y otros autores	671
Capítulo 9. Lugares para la historia. Las señas locales de identidad	685
Una mirada liberal y heteróclita: Criado Hoyo ante la historia de Montoro	690
<i>Historia de Burriana</i> , por el maestro republicano Roca Alcaide	706
Otro enfoque pro republicano: Jaén Morente, sobre Córdoba ..	709
Una obra pro monárquica: <i>Historia de Sevilla</i> , por Joaquín Hazañas	714
Efemérides, personajes y singularidades en historias locales en Valencia. Sarthou Carreres, sobre Xàtiva	720
Historias locales en Castilla. Defensa de la Iglesia	729
Municipios de las Merindades burgalesas. García Sainz de Baranda	733
Salmos históricos a la Iglesia por miembros del clero	736
El discurso oscilante y contenido de Ramón Revilla (Palencia)	739
Reivindicación erudita y exaltaciones emocionales por Claro Abánades (Molina de Aragón)	741
Antes y después en localidades más meridionales: Illescas (1930) y Ciudad Real (1940)	745
Unas visiones de autores liberales (sobre Chinchón y Salamanca)	757
Capítulo 10. Unas reflexiones de llegada	763
Bibliografía de época y reciente	787
Índice onomástico y toponímico	817

CAPÍTULO 1

UNAS REFLEXIONES DE PARTIDA

EN UN TRABAJO DE 1975, reeditado en una compilación posterior, José María Jover (1999, 276-277) aludía al interés que, para dar cuenta de la conciencia histórica de una colectividad nacional en un determinado periodo, tienen no solo las obras escritas y las clases diseñadas por historiadores profesionales, sino también el tratamiento divulgativo recibido por el pasado en los medios de comunicación, los clichés adquiridos en la enseñanza primaria y media y cuantas vías en la vida cotidiana contribuyen a forjar ideas al respecto. También resaltaba, a la vez, la importancia de observar el marco sociocultural de fondo, cuyos cambios vienen a influir asimismo de forma decisiva. Estas sugerencias de análisis suponen un reto difícil, imposible de afrontar plenamente en tales términos por varias razones, y lo mismo podría decirse en relación con otras posibles modalidades o vertientes de la «conciencia histórica» (de clase, de la realidad de la mujer, de unas creencias religiosas...). El panorama se vuelve más complejo si se piensa que no es una única percepción histórica, vinculada a una idea nacional o a otro tema central, la que se conforma y evoluciona en un contexto cambiante, sino que caben múltiples imágenes y valoraciones del pasado, que incluyen las epidérmicas que lo desdibujan o prácticamente lo soslayan. También complica la interpretación del significado de cada visión el hecho de que los distintos motivos ideológicos inspiradores o condicionantes no dejan de relacionarse entre sí en combinaciones diferentes en cada individuo. En esa diversidad de representaciones históricas resultantes intervienen tanto las distintas circunstancias del sujeto (clase social, formación, creencias, procedencia y ubicación territorial,

propensiones psicológicas, racionalización de intereses personales, etc.) como la variedad de impresiones y discursos históricos recibidos bajo distintos acicates (referencias familiares y grupales, pautas de enseñanza, profesión, idearios políticos, objetivos comerciales, tradiciones y cambios culturales, reflejos artísticos y literarios, etc.). De algunos medios emisores de información, reflexión y evocación del pasado a lo largo del tiempo han quedado textos o distintas huellas, pero de otros, bien por razones contextuales o por su propia cualidad, no existe soporte que permita vislumbrar las pautas del mensaje o solo se puede contar con indicios. Además, la recepción efectiva de las visiones y valores difundidos bajo la apelación a la historia solo puede ser objeto de aproximaciones parciales mediante fuentes indirectas no siempre disponibles, como testimonios personales escritos, obras literarias, prensa, noticias sobre lecturas realizadas o cualquier tipo de ejercicio elaborado que suponga proyectar algo de esas concepciones (y aun así, tampoco estos recursos transmiten necesaria o fielmente las convicciones personales).

La década de los años treinta ofrece en España una gran variedad de enfoques sobre el pasado y, aunque es más difícil sopesar, un aumento de la receptividad entre la población ante la intensificación de los medios utilizados para su difusión. Los cambios cuantitativos y cualitativos en uno y otro sentido, en la oferta y en la captación de mensajes históricos, vienen explicados en parte por las transformaciones que se producen en el marco institucional y cultural, además de los sesgos más o menos pronunciados que a partir de julio de 1936 implicó en cada zona el desarrollo de la guerra, con los cambios políticos y socioeconómicos anexos en cada caso. Obviamente, el triunfo final de los sublevados y la imposición de un sistema dictatorial abrieron una nueva fase en que no cabían varios de los modelos seguidos o pasaban a hacerlo bajo severas restricciones y remodelaciones. Ni 1931, ni 1936, ni 1939 supusieron cesuras donde se hiciera tabla rasa de las concepciones anteriores del pasado, algo que nunca sucede por fuerte que pueda resultar cualquier giro contextual o cataclismo, pero sí se produjeron cambios notables en cada momento en las predilecciones

de temas, en algunas direcciones interpretativas y en las facilidades o en las posibilidades de expresión, con francas y fatales exclusiones generales bajo el régimen dictatorial final que permiten hablar entonces, en términos generales, de verdadera «ruptura». Si se exceptúan esta coerción y rodillo finales, las reorientaciones no se producen en cada fase de forma unilateral y uniforme, sino en grados y con rasgos distintos según segmentos sociales, profesionales e ideológicos. De forma general, cabe inscribir estos procesos de «refracción» de las distintas manifestaciones del discurso histórico en un marco político y cultural muy efervescente que, aun con su complejidad, puede esbozarse de forma elemental desde 1931 en función de los impulsos reformistas y de las esperanzas y resistencias levantadas.

Como puede advertirse con una primera mirada global, el reformismo emprendido desde abril de 1931 por republicanos de izquierda y socialistas desencadenó o acentuó fricciones sociales y políticas cuya inevitabilidad podía preverse, aunque no así su intensidad ni su nivel de convergencia. Ante todo, con el advenimiento del nuevo régimen se plantearon proyectos e iniciativas de naturaleza social que hallaron ante sí una oposición alta de las fortunas, patrimonios y posiciones que se veían afectados o en riesgo de serlo, a la vez que no satisfizo, al hacerse palpables su lentitud y sus obstáculos, a sus beneficiarios potenciales. Un balance global de este tipo planteaban hace décadas Gloria Giner de los Ríos y Laura de los Ríos en *Introducción a la historia de la civilización española* (1965, 335-336). Tras celebrar especialmente la acción educativa y el ideal de justicia social en una labor que juzgaban de «reconstrucción» y «mejora», estas autoras señalaban lo siguiente:

Mas esto duró poco: las clases sociales que, desde tiempo inmemorial, habían disfrutado de todos los privilegios, al ver que se trataba de igualarlas en derechos a las demás, se sintieron postergadas y perseguidas, cosa que, hasta entonces, había sido privativo de los humildes; estos, olvidados y postergados siempre, al verse entonces apoyados, quisieron todo de un golpe; y unos y otros comenzaron a minar el terreno con la crítica en la prensa y en la tribuna —porque la libertad en que se basaba la república no permitía la censura en la

libre exposición de las ideas— o dificultando de diferentes modos la labor de transformación social y económica que comenzaba a operarse; y, unos queriéndolo y otros, sin quererlo, cooperaron al fin de la república.

Las medidas pueden contemplarse como la respuesta a lo que varios analistas observaron hace ya tiempo como una prolongada «crisis social», que cabe entender no por una mera intensidad de las dificultades de vida y de trabajo entre las capas populares, sino por una mayor concienciación de sí mismas y mayores expectativas de mejora, tanto más a raíz de la revolución rusa. La exacerbación de dificultades en la economía internacional tras la caída bursátil de Nueva York complicaba las condiciones y las respuestas en un grado que es difícil precisar, dado su menor impacto relativo en España por los menores vínculos exteriores, aunque el reflujo de algunos sectores exportadores fue significativo y sus efectos de arrastre resultaban muy negativos en una economía ya expuesta a una baja demanda relativa interior y a estrangulamientos diversos. A la vez, las medidas sociales y el fomento de obras públicas pudieron mantener un nivel de demanda en el sentido «keynesiano», anticipándose en términos prácticos al texto cumbre del autor que inspiró el epónimo, como ocurrió en otros países occidentales en formas y grados distintos. Esas políticas contaron en España, sin embargo, con importantes lastres financieros no desconectados del modelo de gastos e ingresos vigente, de los niveles heredados de endeudamiento y de la desconfianza y estrategias del capital nacional e internacional ante el cambio de régimen y de circunstancias, con huida inicial notable de capitales y depreciación de la peseta. El panorama se complicaba al juzgar necesarias unas reformas en distintos ámbitos donde se tropezaba con potentes intereses creados (Ejército, Iglesia) o donde latían mayores impulsos emocionales de unos u otros signos, susceptibles además de ser instrumentalizados (religión, nacionalismos centrípeto y centrífugos). No faltó también la existencia de intereses personales en perspectiva de desarrollarse bajo el marco republicano que se vieron contrariados cuando no fue así y modificaron su actitud hacia el mismo.

El desarrollo de reformas en varios planos se inscribe durante esta época en un marco institucional y cultural que resultaba más favorable que hasta entonces para el debate, no solo por las posibilidades mayores que el mecanismo parlamentario y el sistema de libertades propiciaban en la expresión de ideas, sino porque, aunque su extracción social siguiera siendo básicamente burguesa, alcanzaban su máxima dimensión los niveles de formación oficial entre los responsables políticos: se ha hablado de «república de profesores e intelectuales». Aubert (1987, 181) trazaba una rápida instantánea sociológica de ese sector al abrirse las Cortes Constituyentes en 1931, resaltando la presencia de 64 profesores o maestros y 47 periodistas. En la nómina se incluía a conocidos escritores, científicos y catedráticos de Filosofía, Literatura, Historia, Derecho y Medicina. Como recuerda asimismo Suárez Cortina (2009), de esas profesiones, bastante presentes además en los partidos, salieron también investiduras para cargos oficiales dentro del país y en la diplomacia. Algunos de todos estos individuos provenían de la Institución Libre de Enseñanza, lo que evoca el carácter burgués, pero progresista y reformista que impregnaría su actividad política. Como otro síntoma, aparte de Manuel Azaña, proclamado efectivamente presidente de la República en mayo de 1936, entre los nombres barajados en los inicios para ese cargo supremo figuraron otros intelectuales de prestigio como el pedagogo Bartolomé Cossío, los filósofos Julián Besteiro y Ortega y Gasset, el médico y ensayista Gregorio Marañón y el historiador Rafael Altamira. Al exponer los pros y los contras en torno a algunos de esos nombres, Rivas Cherif (2021, 270) también se refería al escritor Miguel de Unamuno. Que finalmente en 1931 no se ofreciera este cargo supremo a ninguno de estos personajes y que en mayo de 1936, a la hora de buscar sustituto de Alcalá Zamora, se partiera de la premisa de elegir a alguien vinculado a algún partido político y no a una eminencia de la cultura, se relaciona con unas exigencias y perspectivas, muy claras en los planteamientos de M. Azaña, que suponían priorizar otros criterios, aunque a la vez ello ponía sobre el tapete las incertidumbres e incluso la

desconfianza que también despertaba esa estrategia más concentrada en la imagen y en el prestigio que en la operatividad.

El significado que tuvo esta presencia intelectual en la dinámica política general y en las líneas de actuación durante la Segunda República ha sido valorado de formas distintas. Bajo las posiciones antirrepublicanas que, por definición, caracterizaron los idearios de base de la dictadura franquista, el protagonismo de ese sector podía figurar como «mal mayor», en enlace con lo que venía siendo común entre las posturas antirreformistas en la Edad Contemporánea, que solían explicar el interés popular en los cambios como producto en sí del «envenenamiento propagandístico» provocado por una minoría. Ese antiintelectualismo alcanzaría su cénit con los idearios fascistas, impulsores de múltiples interpelaciones convencionales dentro de un irracionalismo característico que trataba de contener todo sentido crítico y de sustituir la observación analítica de la realidad por el vigor de una serie de emociones perfectamente delimitadas y simplificadas. Aunque no es con una interposición tan férrea ante la figura del intelectual e incluso se ampara en alguno de los nombres españoles de más prestigio para fundamentar sus explicaciones, resulta representativa de esta «inculpación» del sector en el fracaso global del proyecto republicano el análisis que Carlos Seco Serrano hacía en su colaboración añadida en 1962 (pp. 5-9) a la serie de *Historia de España* publicada inicialmente en los años treinta por el Instituto Gallach. La interpretación de este autor se manifiesta tan sublime como las ideas de los individuos o grupos que pululan por su texto tal como él las evoca. Para Seco Serrano, también, la República «fue, sobre todo, el momento de los intelectuales», a los que atribuye genéricamente, en correspondencia con postulados esenciales de la Generación del 98, una confianza en la España vital que permitiría superar las insuficiencias de la España oficial. En esas pautas de reflexión, donde no asoman diferencias sociales ni pugnas de intereses, donde se prescinde del hecho de que el régimen republicano feneció por una sublevación militar y con ello se cerraron las posibilidades de las reformas en marcha, aquellos objetivos bienintencionados y aquellas perspectivas de

transformación constituirían un espejismo ante el que se impondría la realidad. En particular, este historiador contrasta lo que supuso el periodo republicano con el de la restauración canovista, donde celebra como factor definitorio una contención del espíritu revolucionario –fijándose más en la corriente socialista que en la anarquista por su distinta actitud ante la participación institucional– que el sistema instalado en abril de 1931 no haría posible. Como otro argumento evanescente más que casi roza el mero juego de palabras, con cita de Ortega y Gasset, Seco Serrano se refiere a la prisa con que se habían proclamado numerosos derechos, sobre todo bajo impulso azañista, en olvido del que sería –en juicio que secunda, pero que no clarifica y puede hacer pensar tanto en la contención de desórdenes como de cambios– el principal: «el derecho a la continuidad».

Más allá de explicaciones totalizadoras, pero tan abstractas y sublimes como resultaba característico en la filosofía de la historia, si lo que se trata es de observar verdaderamente en qué consistieron los papeles y aportaciones específicas de los intelectuales, cómo se vertebraron sus distintas actuaciones según tendencias y momentos, qué efectos reales tuvieron tales intervenciones y, en particular, cómo conectaron con las aspiraciones entre los distintos segmentos de las clases populares, encontramos variedad de valoraciones y matices a los que aquí solo podemos aproximarnos. En principio, ya en la propia conformación de una cultura republicana plural, como manifestaba Cruz Martínez (2009), jugó un papel fundamental este sector, que recoge gran parte de la teoría y de las experiencias acumuladas desde el siglo XIX en el mundo occidental. Aubert (1993, 25-26) comenzaba su trabajo «Intelectuales y cambio político» considerándolos la principal fuerza opositora al régimen de la Restauración desde una identificación republicana que suponía ir más allá de las propuestas regeneracionistas planteadas para superar la decadencia del país. Martín Aceña (2002, 197-199), con apoyo en autores como Julián Marías y Juan Marichal, presenta también desde principios de siglo un panorama renovador en varias áreas de conocimiento, incluyendo la economía, que lo llevan a incorporar términos de connotaciones altamente elogiosas

como «efervescencia cultural extraordinaria», «heroica vocación intelectual» y «cruzada para transformar la sociedad». Como culmen de las directrices regeneracionistas desarrolladas desde fines del siglo XIX, observa asimismo Baldó Lacomba (2011, 49-52) propuestas de este sector –que él ve reflejadas en el rector universitario valenciano Peset Aleixandre– referidas a la democratización, la educación, la investigación científica, la europeización y el reformismo. Sin embargo, al tratar de medir los resultados prácticos y valorar el papel específico jugado por los intelectuales en la conformación y aplicación de políticas concretas, los juicios han resultado divergentes, aunque no debemos olvidar que ni es homogéneo el grupo del que hablamos, ni lo son los opinantes, ni es similar la importancia que cada cual da a otros factores y al contexto al enfocar cada intervención individual o grupal. A menudo, verdaderamente, ha sido relativizado el impacto real de este sector en las actuaciones seguidas y en la receptividad, en particular, de las capas populares. Lo hacía en una perspectiva a distancia, por ejemplo, el anarquista Abad de Santillán (1974, 321-322) al juzgar que los intelectuales célebres mantenían una gran separación de las clases trabajadoras, de la que solo podía derivar indiferencia, cuando no franco desdén. Emiliano Aguado (1986, 162) relacionaba la admiración, la expectación y el ascenso político que estos profesionales lograron como grupo con el prestigio que habían adquirido varios de ellos en su crítica a la dictadura primorriverista, pero vislumbraba un alejamiento y una desconfianza progresivos en los años siguientes, una vez afincado el nuevo régimen. Para él, aunque no dejaba de estimar algunas contribuciones e intervenciones, en el balance global no cabía asignarles un resultado sustancial. Los tildaba de permanecer henchidos y envueltos bajo un nimbo luminoso que los situaba al margen de la problemática real de la población y por encima de la misma; incluso denunciaba una falta de compromiso social efectivo a la hora de pasar de las declaraciones y las especulaciones a los hechos y advertía de un camaleonismo político e ideológico muy común. Al acusar tan genéricamente a este sector de oportunismo, este autor deja de lado la gran cantidad de casos refractarios a plegarse a los cambios

de circunstancias que se fueron produciendo durante la década de los treinta y tras la misma o que lo hicieron solo en la medida necesaria para sobrevivir con dignidad.

Dos pensadores tan distintos como Abad de Santillán y Emiliano Aguado vienen a coincidir al detectar ampliamente en el sector intelectual una desconsideración jactanciosa hacia las masas populares, como si estas fueran permanentemente menores de edad: si ambos hablan en determinados momentos de «despotismo ilustrado», el primero lo llega a hacer llanamente también de búsqueda de «sumisión». Otras reflexiones no se alejan de esos mismos derroteros interpretativos, aunque lo hagan también con distintas intensidades expresivas. Al presentar lo que llama un clima «culturalista» o un cierto «encantamiento cultural», Tuñón de Lara (1987, 265-266) observaba un vínculo mayoritario de estos elementos intelectuales con las clases medias y con el pensamiento liberal y laico. De este modo, a su juicio, la «conquista del saber» por las clases populares vino principalmente de la mano distinta que tendían algunas organizaciones políticas y sindicales y supuso un enlace con las tradiciones que representaban Pi y Margall, Anselmo Lorenzo, Pablo Iglesias y Jaime Vera (es decir, republicanismo, anarquismo y socialismo). Aubert (1993, 34-39) resalta un anti-intelectualismo proletario sustentado en la percepción de un sentido de superioridad, actitudes egoístas, parasitismo y reclusión fatua en torres de marfil, cuando no llana comunión con la burguesía, pero también alude a la consideración en que se tenían sus posiciones críticas y su colaboración en debates. En la misma obra colectiva, Álvarez Junco (1993) advertía durante las primeras décadas de siglo un populismo intelectual que no significaba confianza en el protagonismo político de las capas sociales correspondientes, dado el papel mediador y redentor que ellos mismos se atribuían, en conexión con una creencia casi religiosa en el poder taumátúrgico de la ciencia y de la cultura. Otra autora, Márquez Padorno (2001), que también resaltaba el creciente prestigio de los intelectuales hasta alcanzar su cénit con sus críticas a la dictadura primorriverista, veía un distanciamiento que habría de desembocar, como expresión clara del divorcio,

en la disolución en octubre de 1932 de Agrupación al Servicio de la República, que habían fundado Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Pérez de Ayala en febrero del año anterior. Evidentemente, cabe entender tal «ruptura» a partir de los vínculos sociales que Tuñón de Lara delimitaba: lo que observamos en octubre de 1932, en concreto, es una separación entre un pequeño segmento de las clases medias –no representativo incluso de toda la intelectualidad pequeño-burguesa, si pensamos que ahí seguían nombres como Manuel Azaña, Fernando de los Ríos o Julián Besteiro, entre los más conocidos– y unas amplias capas populares. Por otra parte, como tendremos ocasión de observar a través de los contenidos de algunas obras concretas, no era necesariamente el hecho de navegar por ideas teóricas, abstractas y poco viables lo que podía concitar el distanciamiento o la animadversión de las clases trabajadoras, sino que, en realidad, a menudo los planteamientos de varios intelectuales resultaban contrarios a las aspiraciones extendidas de reformas y mejoras. En esa espiral de recelos mutuos y manifestaciones de descontento, algunos de estos pensadores llegaron a desconfiar también del sistema republicano, lo que venía a complicar más las posibilidades de «conciliación».

Más allá de valorar el significado social del fenómeno «intelectual» en sí, Bécarud y López Campillo (1978, 33-35) lo explicaban en términos circunstanciales y operativos: en el bienio republicano-socialista, la presencia de profesores, periodistas y abogados se acrecienta entre las fuerzas de izquierda por la inexistencia aún de cuadros políticos organizados, mientras que desde 1933 tal proporción disminuye, a la vez que aumenta en la derecha –aunque no en términos equiparables– en coincidencia también con su proceso más tardío de reorganización. Cuando en su conocido estudio sobre la reforma agraria Malefakis (1976, 196-198) comenta el cuadro de fuerzas políticas que suscribieron el Pacto de San Sebastián y constituyeron el Gobierno provisional, acotaba la idea de unos fuertes vínculos con la intelectualidad a dos partidos, Acción Republicana, dirigida por Manuel Azaña, y el radical-socialista, con Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz al frente. Uno y otro, nos recuerda, compartirían con

Esquerra Republicana, de Cataluña, y la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), de Galicia, los proyectos de promover un sistema autonómico, un Estado laico y, en mayor medida que otros grupos políticos burgueses, unas reformas sociales. Los dos últimos puntos habían marcado la aproximación del Partido Socialista, mientras que no se presentaría tan nítida la posición al respecto del ala derecha republicana que capitaneaban Alcalá Zamora y Miguel Maura (Malefakis habla aquí, genéricamente, de un interés en un reformismo «limitado») ni del Partido Radical, bajo jefatura de Lerroux (donde el autor en cuestión resalta la desconfianza generada entre republicanos puros por las acusaciones de oportunismo y corrupción).

El tono crítico y la amplitud de perspectivas con que el propio Manuel Azaña comunica sus impresiones sobre aspectos diversos de la cultura y de su entorno inmediato en los diarios que confeccionó en el marco republicano, en concreto durante gran parte del bienio reformista y de la guerra, hacen que resulte de especial relevancia observar la postura que él adopta aquí ante la figura del intelectual, que viene a subsumir la del historiador profesional. El significado político del personaje y el hecho de que su recurso a la historia resulte muy marcado refuerzan nuestro interés en detenernos en sus posiciones. De modo general, esa condición doble tantas veces resaltada en él, como estadista y como intelectual, alimenta una vertiente crítica de carácter biunívoco: como intelectual, lamentaba la estrechez de miras y de posibilidades a que abocaba la práctica política, sujeta a pautas profesionales, a reglas y a obstáculos diversos que ceñían los campos de reflexión y de acción a determinadas parcelas y por determinados caminos, sin incluir el análisis histórico profundo; como estadista, cuestionaba la actitud de los intelectuales teóricos que se dejaban arrastrar plenamente por ideas abstractas, por elevados ideales y a veces por modelos extraídos del pasado, sin una valoración ponderada de las condiciones existentes ni un aquilatamiento de las variables que en la realidad dificultaban o impedían su desarrollo. Más allá de estas concepciones generales, Azaña también cuestionaba la actitud tanto de políticos como de intelectuales que, al margen de sus ideas en uno

u otro sentido, anteponían sensiblemente sus intereses y ambiciones personales. Sus apostillas en ese último sentido son numerosas, pero no resultan gratuitas, convencionales o estratégicas. Como en el caso de sus frecuentes alusiones a la idiosincrasia nacional, no utiliza esos argumentos como mero comodín ambiguo y forzado para explicar una situación o una problemática que no le acomoda, ni para desacreditar personalmente al adversario, ni para combatir opciones distintas a la suya, ni para desautorizar las propuestas utópicas que vislumbra... Los trae a colación sobre todo en sus diarios, en circunstancias concretas, ya sea de forma genérica o en referencia a algún caso individual, explicando por qué lo ve así, planteando razonamientos lógicos, señalando a veces en qué medida su juicio es compartido y sin que se advierta otro fin principal inmediato aquí que el de lamentar esas situaciones.

No se trata de que M. Azaña teorice en los diarios intensamente sobre el valor de la historia y sobre todas estas cuestiones a las que aludimos, sino que, como ante tantos otros aspectos que le hacen analizar y opinar en su día a día, incluye numerosos comentarios aislados y concisos que, en conjunto y al margen de la variedad de situaciones en que se expresa, transmiten su imagen global y esencial al respecto. Evidentemente, de cara al objetivo que aquí nos guía de escrutar algunas de esas ideas fundamentales y, en particular, sus valoraciones históricas, este formato del diario, como el de otros textos suyos tampoco al uso para la reflexión detenida, no constituyen el mejor soporte de base, dada la dispersión, la frecuente brevedad, los sobreentendidos y la dependencia de contextos distintos al enfrentarse a diversos temas. No estamos ante un ensayo que comentar, sino que tenemos que convertir mentalmente en ensayo unos textos que se han concebido con otro sentido y otras características, con los riesgos mayores de estilización y deformación que tal operación de abstracción conlleva. Pero, a la vez, el hecho de que no estemos ante un texto académico ni divulgativo refuerza el interés que tienen tales impresiones, dada la inexistencia de unas líneas profesionales que marquen decisivamente la forma y los contenidos. Ello no significa que en estos cuadernos de

íntima factura no concurren fines e influjos específicos que también imprimen determinadas direcciones de estilo y de enfoque, con diferencias especialmente marcadas entre las etapas del bienio inicial y de la guerra, separadas por un gran vacío relativo –parcialmente compensado por otros de sus escritos y por la biografía de su amigo Rivas Cherif– sobre unos periodos que encierran aspectos tan decisivos como la propia coyuntura bélica para la comprensión de sus cambios de tono entre ambas épocas. El carácter inmediato y no definitivo con que fueron concebidas varias de estas páginas, sobre todo las correspondientes a los primeros años, redactadas en Madrid, y las últimas, confeccionadas en Barcelona en forma de notas provisionales, supone unas dosis de espontaneidad que hace que, de cara a su interpretación, se requiera un distanciamiento distinto al exigido por la lectura de sus discursos o sus textos literarios. Aparte de la salida que así encontraba a su vocación de escritor y del modo que hallaba para justificar ante la posteridad sus iniciativas (Juliá, introd. en Azaña 1997, XIII), en estos diarios cabe vislumbrar una función de reequilibrio personal, de compensación psicológica a la gran carga de responsabilidades, dificultades y tensiones que supuso su papel como gobernante con decidida voluntad reformista y fuertes obstáculos. Sin este factor, no se podría entender quizá la franqueza con que se expresa no solo sobre cuestiones políticas, sino también sobre pequeños aspectos relacionados con su diaria vida pública (con solo pequeñas anotaciones adicionales de su vida privada). Frente a la necesidad de corrección política en su deambular cotidiano, este medio –semipúblico, semiprivado, sobre todo mientras no se concretara su edición final– le permitía dar cierta rienda a la incorrección, aunque durante la guerra puede advertirse cierta contención y cambios de perspectiva que cabe relacionar con ese diferente contexto y, acaso, al menos en algunos aspectos, con el hecho de que se habían sustraído algunos de sus primeros cuadernos y pronto fueron objeto de una publicación propagandística y sesgada por parte del bando sublevado. Si antes de 1931 Azaña ya había acudido a este recurso confidencial y había manejado algunos parecidos tonos, fue de forma menos intensa y en parte por circunstancias